

EL MERCANTIL ESPAÑOL

Subscription.—Por un mes 18 50 centésimos, por tres meses 48, por un año 148.
Imprenta y Administración, CALLE DE LAS PIEDRAS NUMERO 13.

DIRECTOR REDACTOR—D. MANUEL ALFARERO DE LA OLIVA.

Las solicitudes que se dirijan a este diario deberán ser firmadas por persona responsable, con arreglo a la Ley. Avisos hasta las 7.

EXTERIOR.

ITALIA.

He aquí los documentos que ha presentado el gobierno italiano en la primera sesión del Parlamento.

Vicenti Venosta, ministro de Negocios extranjeros, al caballero Nigra, ministro de Italia en París.

Turin, 30 de julio de 1864.

Las últimas discusiones de la Cámara de los diputados os habrán proporcionado la ocasión de explicar las ideas del gobierno sobre la cuestión romana. Habiendo tomado parte en estos debates los oradores más eminentes de los diferentes partidos, han resultado de parte de los ministros así como de parte de los representantes del país algunas declaraciones sobre las cuales no es inútil llamar la atención del gobierno del Emperador. La cuestión romana, cuestión moral por excelencia, no puede avanzar hacia su verdadera solución sino a medida que la opinión pública se ilustra sobre las bases reales de este gran problema.

S. E. el presidente del Consejo y yo nos hemos esforzado, pues, en colocar la cuestión en su verdadero terreno y hemos tenido la satisfacción de ver a la Cámara de los diputados acogiendo nuestras ideas con gran moderación y sentido práctico.

Tuvimos que defendernos en primer lugar de una acusación cuya trascendencia estaba en el caso de apreciar mejor que nadie; se nos acusaba de haber rodeado en deliberado propósito de silencio la cuestión romana. Nos costó poco trabajo rechazar esta acusación, porque el ministerio actual, que subió al poder después de una de las crisis más dolorosas que han agitado a la Italia, creyó que era su deber abstenerse, hasta a riesgo de comprometer su popularidad, de dar esperanzas cuya realización no le parecía, bastante próxima. Prefirió fiar toda la atención del país en las cuestiones de organización interior y dejar madurar en la calma que nos cubría los terribles problemas que suscita la posición de Roma respecto de la Italia.

Pudo decirse en París que en Turin no se hablaba ya de Roma, pero a buen seguro que no se hubiera podido añadir de buena fe que Roma no era lo que principalmente llamaba la atención del Rey y de sus ministros. Se nos acusó además de no haber establecido inmediatamente negociaciones con la Francia. «Cualesquiera que fuesen, nos decían, las probabilidades de un acuerdo, debíamos intentar para no comprometer con vuestra reserva los derechos de la nación.» Pero también sobre esto punto fué de nuestro parecer la Cámara.

Después de los sucesos de Tienza y de Aspromonte la Europa podía creer que la tranquilidad que gozaba la Italia se debía al marasmo que sigue a las grandes crisis más bien que a ese instinto admirable de los pueblos que ha sido el verdadero creador de la unidad italiana, y que tendiendo hacia el fin sabe discernir los medios de conseguirlo. Creímos que algunos meses no estaban de más para demostrar lo contrario. Apoyados en esta demostración patética, podemos cuando llegamos al momento dignos a la Europa y convencerla de que no hay dificultad que no pueda vencerse, ni problema por elevado que sea que no pueda resolverse cuando se puede contar hasta tal punto con el buen sentido de los países.

Después de estos primeros debates la discusión versó sobre el fondo mismo de la cuestión. Recordando el voto emitido por la cámara el 27 de abril de 1861, uno de los órganos más autorizados de la mayoría, el señor Buoncompagni, explicó su verdadera significación, é hizo observar que la Cámara, al declarar a Roma capital de Italia, no había hecho más que manifestar el estado de la opinión pública sobre la cuestión de la capital y dar la sanción legal al veredicto unánime de los pueblos.

Pero según la fórmula misma que el conde de Cavour había hecho adoptar, la votación del 27 de abril de 1861 excluyó toda pretensión a zanjar con la fuerza las dificultades de la cuestión, y la Cámara, lejos de descuidar los elementos internacionales y religiosos, había expresamente impuesto al gobierno del Rey la obligación de tener en cuenta con predilección al declarar que se debía ir a Roma de acuerdo con la Francia y después de dar a la Santa Sede las garantías más completas y formales sobre su independencia espiritual.

Otros dos oradores de la mayoría los señores Allievi y La Farina, confirmaron las declaraciones del señor Buoncompagni. El presidente del Consejo recordó en seguida las negociaciones oficiosas inauguradas por el conde de Cavour poco tiempo antes de su muerte para la aplicación del principio de no intervención en territorio romano. La Italia, herida en su gran ministro en el momento en que veía presentarse las probabilidades más favorables de llegar a una solución, no cesó de entender de la misma manera la cuestión romana.

Desgraciadamente nuestros enemigos se prevalecieron de la desaparición de esta gran individualidad para pretender que la obra de la unidad italiana iba a malograrse viéndose privada de su dirección. Estas previsiones quedaron completamente desmentidas, y a pesar de acontecimientos sensibles que en último resultado no son más que episodios fugitivos en la vida de una gran nación, la Italia no ha cesado de seguir por la senda que le había trazado el conde de Cavour.

Así pues, puede afirmarse que lejos de retrogradar la cuestión, no han sido inútiles las pruebas que ha sido sometida la Italia. A pesar de la guerra que le hacen la Santa Sede y una parte del clero, no se ha dejado arrastrar nunca a ningún acto de persecución religiosa. La Italia ha mantenido la libertad en todo y para todos, y hasta recientemente rechazaba la proposición de un diputado, individuo eminente del clero, dirigida a obligar a los sacerdotes a prestar juramento de obediencia a las autoridades civiles.

La fiesta de la unidad italiana se ha celebrado en todas partes sin que los eclesiásticos fueran invitados, y sin embargo en mas de mil pueblos el clero se ha asociado espontáneamente al júbilo público que no ha sido por otra parte menos grande ni menos sincero donde no ha habido ceremonias religiosas.

Además, a pesar de los innumerables entorpecimientos que la actitud de la corte de Roma cree al gobierno italiano, y no obstante los comités bonapartistas que favorecen el bandolerismo y retardan el desenvolvimiento pacífico de los recursos del mediodía de Italia, la unificación se ha efectuado con mayor rapidez y con menores obstáculos que se hubiera conseguido en cualquiera otro país. Finalmente a pesar del carácter anormal de la ocupación francesa en Roma, carácter que el mismo Emperador ha reconocido varias veces, la Italia ha conservado con la Francia los lazos del reconocimiento y de la amistad, y ninguna

tentativa de los partidos extremos ha podido prevalecer contra nuestros sentimientos de gratitud. La Italia ha dado, pues, bastantes pruebas de prudencia y moderación para que se pueda concederle en adelante la elevada confianza que el conde de Cavour había sabido inspirar a la Europa. Los italianos han cumplido las promesas que había hecho en su nombre, y aceptan los compromisos que estaban a punto de contraer por ellos.

Al pedir al Emperador la continuación de las negociaciones en el estado en que se hallaban en junio de 1861, los hombres que se sientan en el Consejo del Rey no ofrecen tan solo como garantía su responsabilidad, pues si desearan estar prontos a reanudar estas negociaciones lo hacen después de haber adquirido la certeza de que Italia aceptará una solución práctica.

El voto que emitió la Cámara el 20 de junio después de las formales declaraciones del presidente del Consejo, lo prueba de una manera incontestable. Hace un año el Emperador decía en su célebre carta a M. Thiers: «Urge que la cuestión romana reciba una solución definitiva, porque no solo en Italia todos los ánimos, sino que en todas partes produce el mismo desorden moral pues interesa lo que el hombre tiene mas en cuenta, la fe religiosa y la política.»

Y al mismo tiempo hacia a la Santa Sede proposiciones a las cuales S. E. el cardenal Antonelli oponía una negativa categórica. El Emperador, con una generosidad sin límites, no retiraba sin embargo su protección a la corte romana, y se limitaba a pedir reformas que creasen en los súbditos del Padre Santo una situación menos intolerable. Estas reformas solemnemente prometidas y elogiadas por los periódicos reaccionarios, no se han realizado sin embargo, y hoy como el día siguiente del regreso de Gacta, la corte de Roma pretende que la Francia, al enviar tropas a Roma, ha tenido por objeto exclusivo restablecer en su forma más absoluta el poder temporal y rechazar abiertamente la misión de elevada conciliación que el Emperador lleva a cabo con tanta paciencia entre el catolicismo y los principios de 1789.

Mientras el poder temporal demuestra con su ineptitud en transformarse que todo principio de vida se ha retirado de él y que solo existe con el apoyo que le dan, la Italia sigue una senda enteramente opuesta; sin renunciar a ninguno de los grandes principios políticos, proclama por boca de sus ministros y de los representantes legales del país que tiene en cuenta las elevadas consideraciones que el emperador ha expuesto en su carta.

Insisto en hacer notar este contraste. En otro documento de 12 de julio de 1861, y que S. E. M. Drouyn de Lhuys cita en su despacho de 25 de octubre de 1862, el emperador dirigía a nuestro augusto soberano estas palabras memorables: «Debo declarar francamente a V. M. que al mismo tiempo que reconozco el reino de Italia dejaré nuestras tropas en Roma hasta que se halla reconciliado con el Papa, o mientras el Padre Santo esté amenazado de ver los estados que le restan invadidos por una fuerza regular o irregular.»

La corte de Roma rechaza toda idea de conciliación, y la Italia está por el contrario dispuesta a cumplir para con el Emperador la condición que el mismo imponía a la retirada de las tropas francesas. Después de la votación del 20 de junio no es posible dudar de las disposiciones de la corte de Roma. Señora era joven, blanca, rubia como el sol, formando un precioso contraste sus cabellos de oro con sus ojos negros como el terciopelo, ¿no es cierto?

—Sí, sí, ese es su retrato; como que lo tengo grabado en el corazón, exclamó el marqués con arrebató.

—¿De veras? ¿que enamoras a ella? —Sí, y por verla, por arrojarla a sus plantas, daría mi existencia entera; pero si eres tú, no prolongues mi suplicio; déjame por piedad contemplar otra vez tu bello rostro.

—Repite que te has engañado, y lo que mas me intriga es tu facilidad en enamorarte. —¿Qué cosa tan rara!... ¡un hombre casado con una esposa tan bella!... ¿quién puede decirte leyes al corazón?

—Entonces también estará tu mujer autorizada para dejarse llevar de las impresiones del suyo; ¡oh! ¡qué goces que me alegraría que te diese una lección!... ¡Acaso los celos curarían esa pasión que ha encendido en tu pecho la rubia brasileña; porque aquella señora es del Brasil y pertenecía a la ilustre familia de los condes de Paraná; tu debes conocerlos. —No; ese título pertenece a la esposa de mi antecesor D. Jorge Lopez Mendoza; al morir ella, ignoró a quien había pasado. —Naturalmente a su hija Alejandrina, exclamó la dama mirando con fijeza al marqués, a ver el efecto que lo hacían sus palabras. —Pero esta niña murió también cuando su padre, balbuceó casi trémulo D. Alvaro.

—También en eso te engañas, o mejor dicho, quieres engañarme; ella murió por el mundo. —¿Qué dices, máscara?... ¿será posible que conozcas mi secreto? exclamó trémulo de espanto el marqués.

—Apuesto a que todavía ignoras por donde se escapó Alejandrina cuando la dejaste encerrada en su tocador, obligándola a que bebiese aquel delicioso néctar que había de devolverle la salud. —¡Oh! ¡qué preciso que te desembras!... ¡puiero ver tu rostro, o sin consideración ninguna, te arranco la careta.

—¿Y con qué derecho? —Con el que me presta el vértigo que me

arrebata, dijo el marqués fuera de sí, queriendo devorarse a la dama con los ojos. —Pues mira, voy descubriéndote, no por miedo a tu amenaza, sino porque tan máscara soy con la careta puesta, como quitada. —¡Vámonos, dijo el marqués. —¡Maldita!... exclamó la dama, quitándose con arrogante ademán el antifaz de terciopelo.

El marqués y D. Severo retrocedieron con espanto, quedando asombrados al ver que la elegante dama era una negra. Ella, sonriendo, volvió a cubrirse el rostro, y haciéndoles con la mano un amistoso saludo, exclamó: —La hora del castigo va llegando; preparaos a recoger el fruto de vuestras crímenes. Quisieron detenerla, lanzándose en su seguimiento; pero desapareció entre la multitud, no volviendo a verla en toda la noche.

CAPITULO VIII. Una aventura. Don Severo y el marqués quedaron asombrados con la desaparición de la negra dama; pintábase en sus facciones el espanto de que se hallaban poseídos, y en medio de su terror, no sabían darse cuenta de tan misteriosa aventura.

En aquel momento Cristina se acercó a ellos, y viéndolos tan preocupados, exclamó: —¿Qué ocurre? ¿Os ha sucedido algo? —Sí; acabamos de ver a Blanca la Estrañera.

—¿Y qué tiene eso de particular? —Nada en sí; pero la conversación que hemos tenido con ella, nos ha dado mucho en que pensar, dijo el marqués.

—Como está iniciada en nuestros secretos, no me advirta porque esto palacio es la guardia de todos los que nos muerden.

—Nos ha hablado de Alejandrina. —¿De Alejandrina?... ¿digo sale... exclamó la marquesa sin poder dominar un ligero estremecimiento.

—Todos nos ha dicho que escapó de su tocador y que no ha muerto.

El ministro imperial de negocios extranjeros reconocía en este despacho que el gobierno del Rey ha hecho todos los esfuerzos para apaciguar los ánimos y allanar las dificultades existentes. M. Drouyn de Lhuys, haciendo justicia a nuestras intenciones, declara que el gobierno francés desea también por su parte con vehemencia una conciliación entre el gobierno de Rey y la corte de Roma, y que espera con afán que llegue el momento en que las circunstancias puedan hacer posible la evacuación del territorio romano por las tropas francesas sin perjudicar los intereses que la Francia está encargada de proteger.

Añade que el honor del gobierno francés está empeñado en sostener la ocupación hasta que haya obtenido garantías suficientes la seguridad del Soberano Pontífice. Sin embargo, S. E. M. Drouyn de Lhuys hace observar con razón que sus anteriores despaños no contienen ninguna proposición formal, y termina reiterando la seguridad de que el gobierno francés estará siempre dispuesto a recibir comunicación de los proyectos que crea propios para resolver el gran problema de las relaciones de la Santa Sede con el resto de Italia.

Me he apresurado a dar las gracias a M. de Malaret por su comunicación, y aprovecho la presencia del señor de Pépoli en París para suplicarle que asocie sus esfuerzos a los nuestros y complete verbalmente las proposiciones que el gobierno del Rey desea presentar al gobierno imperial.

En el despacho de 9 de julio de 1863 indiqué como base del acuerdo, que ha de estipularse la aplicación del principio de no intervención al territorio romano como al resto de Italia. La no intervención, es en efecto uno de los principios políticos que son comunes a la Italia así como a la Francia, y que este principio puede elejirse tanto mejor como punto de partida de esas delicadas negociaciones en cuanto, por una parte; el Emperador en su carta a M. de Thouvenel, y por otra, al conde de Cavour, han reconocido que era aplicable al territorio romano.

Al hacer de la retirada de las tropas imperiales el objeto principal de la transacción que se trata de estipular, no obedecemos a preocupaciones de egoísmo, sino a la necesidad de

arrebata, dijo el marqués fuera de sí, queriendo devorarse a la dama con los ojos. —Pues mira, voy descubriéndote, no por miedo a tu amenaza, sino porque tan máscara soy con la careta puesta, como quitada. —¡Vámonos, dijo el marqués. —¡Maldita!... exclamó la dama, quitándose con arrogante ademán el antifaz de terciopelo.

El marqués y D. Severo retrocedieron con espanto, quedando asombrados al ver que la elegante dama era una negra. Ella, sonriendo, volvió a cubrirse el rostro, y haciéndoles con la mano un amistoso saludo, exclamó: —La hora del castigo va llegando; preparaos a recoger el fruto de vuestras crímenes. Quisieron detenerla, lanzándose en su seguimiento; pero desapareció entre la multitud, no volviendo a verla en toda la noche.

CAPITULO VIII. Una aventura. Don Severo y el marqués quedaron asombrados con la desaparición de la negra dama; pintábase en sus facciones el espanto de que se hallaban poseídos, y en medio de su terror, no sabían darse cuenta de tan misteriosa aventura.

En aquel momento Cristina se acercó a ellos, y viéndolos tan preocupados, exclamó: —¿Qué ocurre? ¿Os ha sucedido algo? —Sí; acabamos de ver a Blanca la Estrañera.

El caballero Nigra, ministro de los negocios extranjeros, al caballero Nigra, ministro de Italia en París. Turin, 17 de Junio de 1864. Señor ministro: El barón de Malaret ha venido a leerme un despacho con el cual S. E. M. Drouyn de Lhuys contesta a las diferentes comunicaciones que le habeis dirigido de mi parte sobre la cuestión romana.

El ministro imperial de negocios extranjeros reconoce en este despacho que el gobierno del Rey ha hecho todos los esfuerzos para apaciguar los ánimos y allanar las dificultades existentes. M. Drouyn de Lhuys, haciendo justicia a nuestras intenciones, declara que el gobierno francés desea también por su parte con vehemencia una conciliación entre el gobierno de Rey y la corte de Roma, y que espera con afán que llegue el momento en que las circunstancias puedan hacer posible la evacuación del territorio romano por las tropas francesas sin perjudicar los intereses que la Francia está encargada de proteger.

Añade que el honor del gobierno francés está empeñado en sostener la ocupación hasta que haya obtenido garantías suficientes la seguridad del Soberano Pontífice. Sin embargo, S. E. M. Drouyn de Lhuys hace observar con razón que sus anteriores despaños no contienen ninguna proposición formal, y termina reiterando la seguridad de que el gobierno francés estará siempre dispuesto a recibir comunicación de los proyectos que crea propios para resolver el gran problema de las relaciones de la Santa Sede con el resto de Italia.

Me he apresurado a dar las gracias a M. de Malaret por su comunicación, y aprovecho la presencia del señor de Pépoli en París para suplicarle que asocie sus esfuerzos a los nuestros y complete verbalmente las proposiciones que el gobierno del Rey desea presentar al gobierno imperial.

En el despacho de 9 de julio de 1863 indiqué como base del acuerdo, que ha de estipularse la aplicación del principio de no intervención al territorio romano como al resto de Italia. La no intervención, es en efecto uno de los principios políticos que son comunes a la Italia así como a la Francia, y que este principio puede elejirse tanto mejor como punto de partida de esas delicadas negociaciones en cuanto, por una parte; el Emperador en su carta a M. de Thouvenel, y por otra, al conde de Cavour, han reconocido que era aplicable al territorio romano.

Al hacer de la retirada de las tropas imperiales el objeto principal de la transacción que se trata de estipular, no obedecemos a preocupaciones de egoísmo, sino a la necesidad de

arrebata, dijo el marqués fuera de sí, queriendo devorarse a la dama con los ojos. —Pues mira, voy descubriéndote, no por miedo a tu amenaza, sino porque tan máscara soy con la careta puesta, como quitada. —¡Vámonos, dijo el marqués. —¡Maldita!... exclamó la dama, quitándose con arrogante ademán el antifaz de terciopelo.

El marqués y D. Severo retrocedieron con espanto, quedando asombrados al ver que la elegante dama era una negra. Ella, sonriendo, volvió a cubrirse el rostro, y haciéndoles con la mano un amistoso saludo, exclamó: —La hora del castigo va llegando; preparaos a recoger el fruto de vuestras crímenes. Quisieron detenerla, lanzándose en su seguimiento; pero desapareció entre la multitud, no volviendo a verla en toda la noche.

CAPITULO VIII. Una aventura. Don Severo y el marqués quedaron asombrados con la desaparición de la negra dama; pintábase en sus facciones el espanto de que se hallaban poseídos, y en medio de su terror, no sabían darse cuenta de tan misteriosa aventura.

Accepted, etc. Firmado—Vicenti Venosta.

El caballero Nigra, ministro de los negocios extranjeros, al caballero Nigra, ministro de Italia en París. París, 16 de Septiembre de 1864.

Señor ministro: Tongo la honra de remitir adjunto a V. E. el original del tratado relativo a la cesación de la ocupación del territorio pontificio por las tropas francesas, firmado hoy a las tres en el ministerio Imperial de Negocios extranjeros por M. Drouyn de Lhuys, por el marqués Pépoli y por mí.

Voy a resumir en breves términos las negociaciones que han precedido a este acto. Pocos días antes de la muerte del conde Cavour se había hablado de un proyecto de tratado entre el nuevo reino de Italia y la Francia, tratado que decía en resumen lo siguiente: Que la Francia retiraría las tropas de Roma.

Que el nuevo reino de Italia se obligaría a no atacar el actual territorio pontificio, y a impedir con la fuerza todo ataque exterior contra dicho territorio.

Que por el gobierno del nuevo reino de Italia se prohibiría toda reclamación contra la formación de un ejército pontificio compuesto de un número determinado de soldados. Este ejército podría componerse de voluntarios católicos extranjeros.

Que el nuevo reino de Italia se manifestaría dispuesto a entrar en convenio para tomar a su cargo una parte proporcional de la deuda de los antiguos Estados de la Iglesia.

La muerte del conde de Cavour interrumpió estas primeras negociaciones. Los gobiernos que sucedieron a esta ilustre hombre de Estado, hicieron varias tentativas para entender de nuevo las negociaciones en el propio sentido; pero el gobierno imperial no creía que hubiese llegado aun el momento oportuno para ello.

Esta faz de las negociaciones es ya bastante conocida después de la publicación de los documentos oficiales que a ellas se refieren, y después de los debates a que dió lugar en el Parlamento italiano y en las Asambleas francesas; por lo tanto es ocioso que me entretenga en describirla.

El día 9 de julio de 1863, V. E. tomando ocasión de las recientes discusiones del parlamento me dirigió un despacho en que me encargaba que volviese a entender las negociaciones desde el punto en que las había dejado el conde de Cavour, y que se basasen sobre el principio de la no intervención. V. E. me decía que el gobierno del Rey estaba dispuesto a contraer compromisos, de que ninguna fuerza regular ni irregular invadiría el territorio pontificio.

Este despacho constituye el punto de partida de la última faz de las negociaciones que acaban de llevarse a término. El 16 del propio mes comuniqué este despacho a M. Drouyn de Lhuys.

La situación política había mejorado; pero en concepto del gobierno francés no era todavía el propósito para hacer posible la continuación de las negociaciones. Era preciso pues esperar todavía y preparar poco a poco el terreno para obtener un éxito mejor.

En junio último fué cuando M. Drouyn de Lhuys contestó oficialmente a las sucesivas instancias que había estado encargado de dirigirme, y espidió al barón de Malaret un despacho que fué leído a V. E.

Por un despacho de 17 del propio mes, V. E. al comunicarme el contenido del despacho

un extremo del salón acompañados de Cristina. Esta, cuyo defecto principal era la envidia, se quedó estupefacta así que la hirieron las clarísimas luces de las cascadas de brillantes que Blanca llevaba.

—¿Qué hijo, bella máscara! exclamó, llevas un tesoro en poder! —Pues mira, marquesa; aun tendria mas si tú no me hubieras usurpado.

—¿Qué dices? sin duda me confundes con otra, y no luzco a favor de usurpación alguna. —Si tal; eres la marquesa de Blancarosa, cuyo título has adquirido... ¡arrojando sobre tu conciencia el resto, dándole un crimen.

—Tú te engañas, máscara; y te suplico me hagas el obsequio de dejarme en paz; he venido aquí para divertirme, no para sufrir. —¡Jal... jal... exclamó la marquesa cuando a carcajadas jecó al el plectro fuera compatible con una conciencia tan negra.

Esta vez Cristina, empezando a perder su serenidad, se puso pálida a través de la máscara de terciopelo que cubría sus facciones; sin embargo, aun hizo un supremo esfuerzo exclamando: —¡Repite que te engañas! tú no me has conocido, ni es fácil, cuando se viene de difrazada.

—Pero te has olvidado de cubrir la ureja izquierda, y esa cicatriz te vende. Cristina se echó a reír inanimadamente. —¡Oh! ¡ve! exclamó con júbilo Blanca. —¡Qué suplicio! murmuró la marquesa. —¡Oh! ¡acuerdas de Pedro Toros, el que te hizo esa cicatriz con un hierro candente!...

—No conozco a eso sujeto. —Si lo conoces, y no olvidas nunca que a demás de marcarme como a una criminal, lo despojo de tu hermosa cabellera. —¿Qué disparates estás diciendo! ¡es alguna novela que forjas para distraerme! murmuró Cristina apartando serenidad, pero trémula y convulsa.

—No, hija mía; no hay aquí ficción; es un hecho real, y para que estos caballeros te den entero crédito, voy a referirte con todos los detalles.

VALLE DEL 23 DE AGOSTO NÚMEROS 11, 43, 45 y 47.